

En Paris continuó el mismo género de vida, ganando con su trabajo lo necesario para vivir él y su hermano y socorrer á su madre que habia quedado en su país; y estudiando la arquitectura con ardor é inteligencia, cultivando al mismo tiempo las letras, tanto para satisfacer las nobles inclinaciones de su alma, como con la esperanza de conquistarse un nombre.

El éxito coronó siempre virtud tan pura. El noble colegial que se habia convertido en aprendiz de albañil, llegó á ser uno de los mejores arquitectos, á la par que uno de los literatos mas célebres de su época; se enriqueció y alcanzó un nombre honroso en las dos carreras que habia abrazado simultáneamente; fué miembro de la Academia de arquitectura y de la Academia francesa.

La señorita Josserand.

Una honrada familia de la ciudad de Provins¹ se vió completamente arruinada por algunas empresas arriesgadas. Despues de deshacerse de todo lo que poseia, el desgraciado padre, anciano é incapacitado para trabajar, debia cerca de 4,000 francos.

Declarado insolvente y siendo sus hijos menores de edad, le dejaron en paz sus acreedores. Su hija estaba trabajando hacia algunos años para reunir un dote con objeto de abrazar el estado religioso, que era su único deseo.

Pero en seguida que ocurrió el desastre en su familia, empleó su pequeño tesoro para atender á las primeras necesidades, y por medio de su trabajo convertirse en el apoyo de un padre impedido, un hermano de corta edad y una abuela octogenaria; pero no era esto bastante para la pobre jóven.

Su abuela, su pobre abuela se halla moribunda, y no es la miseria la que la mata. Su nieta que vela á su lado, comprende los deseos que abriga aquella en el corazón sin

¹. Cabeza de distrito en el departamento de Sena y Marne.

atreverse á manifestarlos, y se consagra á cumplirlos. El trabajo del dia y el de la noche, unido á las mayores privaciones, la permitirán saldar las deudas de su familia, y algun dia podrá rehabilitar el nombre de su padre

La desgraciada abuela cierra sus ojos bendiciendo á su nieta, que poco á poco va á ver á los acreedores, les pide tiempo, mucho tiempo, y les suplica dejen algunos efectos á su pobre padre.

Conmuevense á la vista de aquella jóven, pero su proyecto les causa asombro; no tiene sino su trabajo, con tres personas á su cargo y se encarga de pagar deudas que no son suyas. Tan firme resolucion en su edad encuentra muchos incrédulos.

Veinte años despues de haber contraido la señorita Josserand este compromiso, habia solventado todas las cuentas, y parecia demostrar en su semblante que su conducta no tenia nada de extraordinario.

Su valor, que jamas desfalleció, una vida consagrada enteramente á ejecutar un pensamiento honrado, dejaron intacta su modestia y su delicadeza.

Recibió en su pecho los últimos deseos de su abuela: ha honrado los últimos dias de su padre; su hermano la debe una buena educacion y una profesion, y sobre todo, un nombre sin tacha, porque todas las deudas fueron cubiertas; y si se ha divulgado el secreto de virtud tan rara, se debe á los mismos acreedores satisfechos y á los vecinos testigos de todo.

La catástrofe de Monville.

[19 de agosto de 1845.]

En el valle de Monville, cerca de Ruan, estalló una tempestad horrible, acompañada de una tromba furiosa.

Dos vientos violentos, soplando en direccion opuesta, formando un cono, que bajando de las nubes, apoyando su punta en la tierra, giraba con espantosa rapidez. De su seno salian relámpagos que esparcian á lo léjos un olor de

azufre muy pronunciado, y dícese que varias nubes rojas y negras se movian verticalmente lanzadas y rechazadas con prodigiosa fuerza. Se oía un ruido parecido al que precede al granizo. El barómetro bajó de repente diez y seis milímetros; la temperatura se elevó rápidamente, y una corriente de aire cálido precedió á la tromba.

El metéoro se dirigia hácia el Este, derribando todo lo que hallaba al paso; abrió un ancho boquete por medio de una selva, quebrando ó torciendo los árboles, arrojándolos á derecha é izquierda, sin perder por ese su fuerza.

En seguida cayó sobre tres de las principales fábricas del valle. Eran estas tres fábricas de hilados ricas y magníficas, y las tres quedaron en un instante reducidas á escombros. Para colmo de fatalidad, era la hora en que todo el personal de las fábricas se hallaba en el trabajo.

Mas rápida que el rayo fué la destruccion de aquellos establecimientos, perdiendo la vida cuarenta personas, y heridas otras ciento, la mayor parte mortalmente.

Dos ó tres minutos despues cesó el metéoro; por espacio de algunas horas sopló un viento violento causado por aquella terrible perturbacion de la atmósfera, y su fuerza se hizo sentir á distancias enormes; algunos restos de las fábricas fueron arrastrados hasta mas de diez leguas.

Un rasgo notable de valor, inspirado por el amor filial, señaló aquella terrible catástrofe.

Los habitantes que de todas partes habian acudido, trabajaban bajo la direccion de las autoridades retirando los escombros para sacar las víctimas que se hallaban debajo, y salvar á las que fuera posible.

Todo el mundo temblaba por la suerte de M. Neveu, uno de los propietarios de las tres hilanderías destruidas. Ya hacia largo rato que se le buscaba sin poder hallarle, cuando se oyeron gemidos medio ahogados bajo las ruinas; era la voz de M. Neveu, y los trabajadores se dirigieron por aquel lado.

Se le encontró apoyado en sus dos puños, arqueado el cuerpo, soportando sobre sus espaldas un monton de es-

combros y protegiendo de este modo á su madre que habia caido con él y que hubiera perecido ahogada sin su heroico valor. Ni la madre ni el hijo tenian heridas de gravedad.

Tres horas habia permanecido M. Neveu en aquella horrible posicion escudando á su madre con su cuerpo, y tal fué la contraccion de sus músculos, que la reaccion que se apoderó en él despues de su salvacion le causó una postracion absoluta. Algunas horas transcurrieron sin que pudiera articular una palabra; cuando recobró el conocimiento, su primer pensamiento coronó dignamente su abnegacion: « Estoy arruinado, dijo, pero no me quejo, pues he podido salvar á mi madre. »

Luisa.

Luisa era hija única; á todos los dones reunidos de la belleza, la acompañaban la educacion y la fortuna.

Tenia veinte años, y estaba ya decidida su union con un jóven digno de ella que la amaba tiernamente y á quien ella correspondia en el mismo grado.

Mas de repente se quedó ciego su padre.

Entónces Luisa, á pesar del dolor y las instancias del jóven, y las súplicas de su padre, devuelve su palabra á aquel. Ya no quiso ocupar su vida sino para consolar y guiar á su padre; desde aquel momento se despidió de los placeres para siempre.

Jamas dejaba de la mano al pobre ciego, distrayéndole con su jovialidad y sus discursos. Cuando su padre queria salir, le decia: « Apoyaos en mí, padre; » y le conducia al jardin ó al campo para hacerle respirar el aire puro.

De vuelta á su casa le entretenia con la lectura, con el canto ó la música. De cuando en cuando reunia algunas noches personas sensatas y amables cuya conversacion agradaba al anciano, ó le conducia á casa de amigos antiguos donde pasaba el tiempo sin sentirle; despues le conducia de nuevo á su casa. Cuando invitaban á Luisa á tomar parte en las fiestas y diversiones que ántes eran de su

agrado, respondia : « ¿Y quién hará compañía á mi padre? » y permanecia á su lado.

Gracias á los **tiernos é ingeniosos** cuidados de su hija, jamas el pobre **ciego** tuvo un momento de fastidio.

Isabel Lopouloff.

Lopouloff, oficial ruso, aunque inocente del delito que se le imputaba, fué **desterrado** á Siberia y pasar el resto de sus



Trineo para viajar en Siberia.

dias en uno de los distritos mas espantosos de ese terrible pais. Allí tenia que sufrir toda clase de males y privaciones; para vestirse y alimentarse él, su esposa y su hija, no recibia sino seis sueldos diarios ¹.

Su hija, la jóven Isabel, veia con dolor el infortunio de su padre, quien á pesar de los catorce años que llevaba de cautiverio, no podia acostumbrarse á su situacion y se entregaba muchas veces á accesos de violenta desesperacion. Entónces concibió Isabel una idea extraordinaria y heroica, cual fué la de encaminarse á San Petersburgo é ir á pedir al emperador el perdon para su padre. Hállase San Petersburgo á mas de mil leguas del desierto donde gemia Lopouloff; nadie le conocia en aquella gran capital ni se tomaba el menor interes por su suerte. Ni Isabel ni sus padres poseian un escudo, y sin embargo, esta hija admi-

1. Un real de vellon, próximamente.



Isabel Lopouloff recibe la bendicion de sus padres.

nable, poniendo su confianza en Dios, resolvió llevar su idea á cabo.

Al principio no se atrevia á hablar de ello á su padre, pero al fin cobró ánimo y le dijo un dia : « ¡Padre mio! tengo que pedir una cosa, y es que me permitais ir á San Petersburgo á pedir vuestro perdon al emperador; es- pero que el favor de Dios me ayudará para conseguirlo. »

Al oír esta proposicion, soltó Lopouloff la carcajada, tomó á su hija de la mano, la condujo á donde se hallaba su madre preparando la comida, y la dijo : « Mujer, oye una gran noticia : aquí tienes una gran señora que quiere tomarse el trabajo de ir por nosotros á San Petersburgo, y que tendrá la amabilidad de hablar ella misma al emperador. — Mejor haria, contestó la madre, de ocuparse de su trabajo que en tontunas semejantes. » Viendo que su hija lloraba, la abrazó su madre sonriendo : « Vamos, la dijo, poniendo en sus manos un trapo de cocina, empieza por limpiar la mesa y luego te ocuparás de la visita al emperador. »

Viendo Isabel que se burlaban de ella, no se atrevió á hablar mas de su proyecto, pero no cesaba de pensar en él, y en su preces rogaba continuamente á Dios la concediera su padre el permiso de partir.

Tres años despues (tenia entónces diez y ocho) renovó su demanda; sus padres vieron que hablaba sériamente, y trataron de disuadirla con lágrimas y con caricias.

Tanto fué lo que rogó y porfió, que al fin consintieron sus padres. Obtuvo un pasaporte que no la podian negar, puesto que no estaba condenada como su padre, y recibiendo la bendicion paterna, se puso en marcha.

No llevaba en su bolsillo sino el valor de cinco ó seis francos en gruesa moneda de cobre; iba sola, pero el noble valor que la animaba era su mejor tesoro y su confianza en Dios le servia de escolta.

Inauditas fatigas y peligros terribles tuvo que soportar en su viaje.

No conocia el camino que debia seguir, y cuando preguntaba por el camino de San Petersburgo, que tan léjos estaba,

la tenian por loca y se echaban á reir, por cuyo motivo equivo- có á menudo su camino, alargando con esto su viaje.

Segun la obligaba el cansancio, y segun era recibida en los pueblos á donde llegaba, se detenia ó no en ellos. Mién- tras permanecia en alguna casa, trataba de ser útil, barria la casa, lavaba la ropa ó cosia lo que le encomendaban.

¡Cuántas veces era rechazada é injuriada groseramente! Se alejaba entónces llorando; pero algunas veces tambien, al ver esto los mismos que la habian maltratado, conmovi- dos por sus lágrimas y por su aire decente, la llamaban y la daban buena acogida.

Una tarde la sorprendió una fuerte tempestad, y trató de refugiarse en un bosque. Colocóse bajo un pino rodeado de altas malezas para preservarse de la violencia del viento. La pobre jóven pasó allí toda la noche, expuesta á la lluvia que caia á torrentes. Al siguiente dia, medio muerta de ham- bre y de frio, cubierta de barro, llegó á una pobre casita donde fué bien recibida, pero donde estuvo enferma algun tiempo.

En otra ocasion fué atacada por una bandada de perros que la rodearon. La jóven echó á correr defendiéndose con un palo que la servia de baston, pero esto aumentó el furor de los animales; uno de estos cogió el bajo de su vestido y se lo desgarró. Entónces se arrojó al suelo encomendándose á Dios; sintió horrorizada que uno de los mas furiosos acercó su frio hocico para olerla, pero Dios velaba por ella y los perros no la hicieron ningun daño; un aldeano que pasaba por allí los dispersó.

Otro dia atravesaba por unos pantanos cubiertos de hielo; se extravió y despues de muchos esfuerzos llegó á un sitio agreste rodeado de espesos bosques. Aproximábase la noche, y se estremecia de temor; de repente ve salir unos hombres de un bosque; eran malhechores y sus rostros fe- roces la helaron de espanto. Adelantáronse á ella, la mira- ron con aire siniestro y la preguntaron con dureza qué ve- nia hacer allí.

Isabel les respondió con temblorosa voz : « Vengo del

fondo de la Siberia y voy á San Petersburgo á pedir el perdón para mi padre. »

Asombrados los bandidos, quisieron ver el dinero que tenia para hacer un viaje tan largo; quedábanla algunas monedas de cobre que les mostró, y aquellos hombres se conmovieron... No solo no la hicieron ningun mal, sino que la dieron parte de sus provisiones y la indicaron el camino.

Cuando llegó á Kasan ¹ soplabá un fuerte viento que habia amontonado muchos témpanos de hielo sobre el Volga ². El paso de este rio era casi impracticable; no se podia atravesar por él mas que una parte en lancha y otra á pié saltando de un témpano á otro. Los bateleros no se atrevian á ir de una á la otra orilla. Sin echar de ver el peligro, quiso entrar Isabel en una de sus barcas, pero la rechazaron bruscamente y la trataron de loca, jurando que no permitirian que pasase el rio hasta que estuviera helado enteramente. Preguntóles que cuanto tiempo era preciso aguardar y contestaron: « Quince dias lo ménos. » Al oír esto decidió pasar en el acto. « Por Dios os ruego, les dijo con voz suplicante, que me ayudeis á atravesar el rio. Vengo desde el centro de la Siberia para pedir al emperador el perdón para mi padre que ha sido condenado por error. ¡ Es el camino tan largo! ¡ Y perder aquí quince dias!... »

Sus palabras conmovieron á uno de los barqueros, quien tomando á Isabel de la mano, la dijo: « Venid, voy á tratar de conducirlos. Sois buena hija, temerosa de Dios y amais á vuestro padre; el cielo os protegerá. »

Hizo que entrase en su barca y navegó hasta la mitad del rio, donde no pudiendo ir mas léjos, cargó con la jóven llevándola en sus espaldas, marchando sobre el hielo, sosteniéndose con un remo, y arribó con ella á la otra orilla del Volga sin ningun tropiezo.

Ya comenzó á faltarle todo á la pobre Isabel poco ántes de llegar á Moscou; su calzado estaba estropeado, sus vestidos hechos girones y el frio era terrible. Habia cerca de

1. Importante ciudad de Rusia, á 1655 kilómetros de San Petersburgo.

2. El Volga es el rio mayor de Europa.

un metro de nieve, que al caer, algunas veces, se helaba en el aire y se convertia en una lluvia de témpanos que no permitia distinguir el cielo ni la tierra.

Son indecibles los peligros que corrió esta jóven generosa, pero contenta siempre y sin que su valor desmayara un ápice; su pensamiento estaba fijo continuamente en su padre, y esto la daba una fuerza increíble.

Al llegar á una de las ciudades situadas en su camino, fué recibida en un convento por su superiora, quien la entregó varias cartas dirigidas á una señora de Moscou y á otra que moraba en San Petersburgo. La señora de Moscou recibió perfectamente á Isabel y la dió calzado y vestidos nuevos. Alegre por tan buena acogida, siguió alegremente su camino, y llegó al fin á San Petersburgo diez y ocho meses despues de su salida de Siberia.

Al principio estuvo como perdida en aquella inmensa ciudad, hasta que consiguió encontrar á la señora á quien iba recomendada, que la alojó en su casa y la trató con suma bondad.

¿ Pero cómo podria acercarse hasta el emperador? Esto era mas difícil todavía que lo que habia hecho hasta entónces. Cuando se presentó Isabel en las puertas del palacio y manifestó su deseo de ver al emperador, los guardias no pudieron contener la risa, y tuvo que retirarse avergonzada y confusa.

Dos meses empleó en pasos inútiles, hasta que una persona caritativa habló á la esposa de un oficial de guardias. Esta señora conocia á la esposa de un secretario de la emperatriz, y la rogó concediera á Isabel un momento de conversacion.

Consintió en ello la esposa del secretario, recibió á Isabel, quien la refirió su historia que enterneció en extremo á aquella digna señora y la dirigió las siguientes palabras: « Sois una hija excelente; Dios, que os ha protegido hasta ahora, no os abandonará, y tal vez se sirva de mi marido para alcanzar lo que deseais. »

Llegó en esto su marido y prometió hablar á la empera-

triz el mismo día; rogó á Isabel se quedará á comer en su casa, y marchó despues á palacio.

Ordenóle la emperatriz que se presentara Isabel aquella misma tarde á las seis. No esperaba la pobre jóven tan fausta nueva; al saberla, perdió el color y faltó poco para que se desmayara.

Pero recobrando sus fuerzas dirigió al cielo sus ojos preñados de lágrimas diciendo: « ¡Oh Dios mio! ¡No en vano he puesto en vos mi esperanza! » Cubriendo luego de besos las manos de la esposa del secretario y regándolas con sus lágrimas.

El secretario la condujo aquella tarde á palacio. La emperatriz recibió con suma benignidad á Isabel y la interrogó acerca de todas las circunstancias de su historia. La jóven, confusa y temblorosa al principio, se fué serenando poco á poco. « ¡Ah señora! dijo á la emperatriz; mi padre está inocente, no pido gracia para él, sino una revision de su causa y que se le haga justicia. »

Conmovida la emperatriz hasta derramar lágrimas, alabó su valor y su piedad filial, y despues mandó la entregasen cien monedas de oro para sus primeras necesidades mientras se la disponian otros beneficios.

Tal era el agradecimiento y la dicha que sintió Isabel, que no pudo dar las gracias á la emperatriz sino con lágrimas y sollozos.

El emperador, á demanda de la emperatriz, ordenó se revisara la causa de Lopouloff, y en efecto, fué reconocida su inocencia, dándose en consecuencia un decreto que le devolvía la libertad. A mas de esto, el emperador le concedió una pension considerable reversible á su esposa y á su hija.

ESPOSOS.

La mujer consagra su existencia al que ha aceptado por esposo al pie de los altares; le es fiel en el infortunio y en la prosperidad, en la enfermedad y en la salud, en el país del destierro y en la tierra patria; la muerte sola puede quebrantar tan sacrosantos lazos. (B.)

La sensibilidad es un deber en el matrimonio. En las demas relaciones

puede bastar la virtud; pero en la que están enlazados los destinos, donde un mismo impulso hace latir dos corazones, por decirlo así, se necesita indispensablemente un lazo de profundo afecto. (*Curso de moral.*)

Palabras de Livia.

Quando murió Augusto, preguntaron á su esposa Livia con qué medios habia podido cautivar por tanto tiempo el corazón de su esposo. « Con medios muy sencillos, contestó; he observado rigurosamente mis deberes; he previsto todos sus deseos; me he apresurado á ejecutar sus voluntades; jamas he tratado de conocer los asuntos que no tenia intencion de confiarme; y si ha cometido faltas para conmigo, siempre he querido ignorarlas. »

Respuesta de una madre de familia.

A una señora virtuosa la rogó una de sus amigas la descubriera el secreto que poseia para conservar el cariño de su marido, á lo que respondió: « Consiste en hacer todo lo que le agrada, y sufriendo con paciencia todo lo que no me place. »

Los diamantes.

[Siglo xviii.]

El señor de C.... estaba unido hacia algunos años con una esposa que amaba con extremado cariño; desgraciadamente fué atacada de una enfermedad de pecho que lentamente la conducía al sepulcro. Su marido, que presenciaba los progresos de la enfermedad y adivinaba los dolores que ella trataba de ocultarle, la cuidaba con sumo esmero y afecto; y aunque le devoraba una pena mortal, se esforzaba por no mostrarse inquieto con objeto de tranquilizarla y calmar su imaginacion. No era rico, y segun las cláusulas del contrato de matrimonio, si la esposa fallecía sin hijos, todas sus alhajas, incluidas las que su marido la hubiera dado, deberian volver á los herederos de la señora

de C.... Esta cláusula del contrato inspiró en la mente, ó mejor dicho en el corazón del marido, una idea delicada y generosa. El día del cumpleaños de su esposa, aunque los médicos habían opinado que ántes de seis meses habría dejado de existir, ocultando sus terribles angustias bajo un aspecto sereno y dulce sonrisa, la regaló un hermoso aderezo de diamantes. Dichosa por este don con doble motivo, puesto que la hizo creer que ningún peligro amenazaba su existencia, desechó sus temores, y gracias al generoso cariño de su marido, ninguna inquietud volvió á turbar los últimos seis meses de su vida.

Eponina.

Julio Sabino, nacido en los alrededores de Langres, fué uno de los jefes de la insurrección en las turbulencias que precedieron y siguieron en las Galias á la muerte de Nerón¹. Dicho jefe decíase ser descendiente de Julio César, y parece ser que tomó el título de emperador, pero fué vencido; quedó destruida la insurrección de las Galias y sus jefes fueron proscritos, y Sabino, especialmente, que era peligroso á causa de su nacimiento, no podía esperar gracia. Puso fuego él mismo á su casa y se escondió en un subterráneo que solo él conocía. Se creyó generalmente que había perecido en el incendio que había encendido su desesperación.

Dos fieles servidores le siguieron á aquel retiro sombrío; en la antigua Galia era extremado el afecto que se profesaban entre sí los amigos, y el de los servidores para con sus amos. Vamos á ver que no era ménos admirable el de las mujeres por sus esposos.

Cuando supo Eponina la muerte de Sabino, se entregó á la mas profunda aflicción; los criados de éste, que de vez en cuando salían del subterráneo para renovar las provisiones, le dijeron que la vida de Eponina se iba agotando

1. Crue tirano de Roma, que pereció de muerte violenta el año 69.

con sus lágrimas, y encargó en consecuencia á uno de ellos fuera á consolarla y á participarla que vivía.

A tan dichosa nueva se reaniman las fuerzas de Eponina, y arde en deseos de adquirir por sí misma la certidumbre de que su marido se ha salvado; protegida por la oscuridad de la noche se pone en marcha acompañada del leal servidor, y de repente se presenta á la vista de Sabino. « Vengo, le dijo, á suavizar tu suerte participando de ella contigo; vengo á recobrar mis sagrados derechos de esposa, y vengo á dedicarte mi vida. » ¡ Cuánta admiración, y cuánta gratitud debió sentir Sabino! ¡ Cómo cambió todo en un instante en su derredor! Aquella vasta caverna no es ya triste á sus ojos; sin embargo, al pensar que en adelante será la morada de Eponina, suspira....

Los dos esposos acuerdan las medidas que deben tomar para su mútua seguridad, pues hubiera sido peligroso que Eponina desapareciera completamente del mundo, y quedó decidido que solo iría al subterráneo por la noche. Pero su casa distaba cinco leguas de allí; ¿ cómo podría soportar el cansancio? ¿ Cómo podría atreverse una mujer tímida y delicada á exponerse á los peligros de un viaje nocturno y penoso que debía hacer con tanta frecuencia? ¿ Cómo podría ser tan prudente y discreta para ocultar á todos los ojos sus pasos y su secreto?... Todo le consiguió, porque estaba guiada por el amor y la virtud, poderosos móviles cuando se hallan reunidos.

Eponina cumplió todos los compromisos que había contraído su corazón; iba con regularidad al subterráneo, en donde á menudo pasaba algunos días seguidos, tomando las precauciones necesarias para que su ausencia no excitara sospechas. De todos los obstáculos triunfaba por ir á ver á su esposo; ni los rigores del invierno, ni el frío, ni la lluvia podían detenerla ni retardarla. ¡ Qué espectáculo para Sabino, cuando la veía llegar tiritando de frío, sin aliento, pudiendo apenas sostenerse en sus piés delicados, estropeados por el camino, intentando disimular, á pesar

de todo, su cansancio y sus padecimientos ó, por mejor decir, olvidándolos al hallarse á su lado!...

Nueve años duró esta dicha desconocida del mundo, hasta que por una fatal casualidad se descubrió el asilo de Sabino, que fué preso, cargado de cadenas y conducido á Roma, á donde le siguió Eponina. El emperador Vespasiano, que hubiera podido perdonarle, no quiso conceder la vida á un hombre que habia tenido pretensiones y tal vez algun derecho á la corona imperial. No pudiendo obtener Eponina la vida de su marido, pidió compartir con él su suerte. « Concédeme esta gracia, Vespasiano, le dijo, pues seria mas espantoso para mí vivir bajo tu dominio, que lo ha sido vivir bajo tierra y en las tinieblas. »

Roque Martin.

Uno de los caracteres de la virtud es exagerarse sus deberes y cumplirlos, por penosos que sean, de lo cual nos da un ejemplo Roque Martin. Sirvió en el ejército como sustituto, obtuvo su licencia y se casó en 1815 en el pueblo de Montigny, cerca de Metz. La familia de su esposa, que se componia de una madre achacosa y tres niños ciegos, se hallaba en la indigencia.

El jóven marido se consideró como encargado desde entonces y para siempre de proveer á las necesidades de la familia de su esposa, á las que consagró la cantidad de seis mil francos, precio del servicio que habia hecho como sustituto. Una parte de este pequeño peculio la empleó en comprar á la familia de su esposa una casita; pero el nacimiento de tres hijos, y sobre todo la carestía de los años 1817 y 1818 absorbieron pronto el resto. Los cuidados que necesitaba la madre enferma, tres niños de corta edad y otros ciegos, no dejaban tiempo á la mujer de Martin para ocuparse en algun trabajo productivo, de modo que solo el del marido vino á ser el único medio de subsistencia para nueve personas.

No ganaba mas que un franco diario, y sin embargo hay



Evasion de Grocio.